

## UN NOMBRE DE MUJER: MISERICORDIA. Galdós en la inspiración zambranianiana

José Luis Mora García  
Universidad Autónoma de Madrid

VV.AA., *María Zambrano. Raíces de la cultura española*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2004, pp. 119-146

Más de una docena de veces aparece la obra de Galdós en la reflexión de María Zambrano. Y lo hace en momentos de intensidad y compromiso. Es decir, cuando está dando las primeras formas a su pensamiento, cuando lo refuerza y cuando necesita meditar de nuevo. Desde los años treinta, a lo largo de las décadas por las que transcurre su vida, Zambrano no dejó hasta los años finales de escribir sobre Galdós. En sus obras encontró claves que terminaron por conformar los núcleos mismos de su pensamiento como luego veremos. No fueron menores las propias referencias a su papel como mujer en ese acercamiento de María Zambrano a Pérez Galdós (sesenta y un años mayor que ella pero cuyas vidas coincidieron en quince) pues esa reflexión ocupó un lugar siempre importante hasta ser desarrollada de manera explícita en su artículo “La mujer en la España de Galdós”.

No es, pues, un autor cualquiera, un adorno o compromiso pasajero que es utilizado para ilustrar este o aquel punto, cosa bastante propia de filósofos en su acercamiento a la obra literaria. Hablamos de un compromiso profundo y prolongado que se extiende desde “La reforma del entendimiento español” y “Misericordia”, ambos en *Hora de España*<sup>1</sup>, *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939)<sup>2</sup>; después *Delirio y Destino*<sup>3</sup>, por los años cincuenta, “La obra de Galdós: Misericordia”, en los sesenta, al igual que “La mujer en la España de Galdós” ya citado; en 1970 “Tristana”, con “Advertencias” a sucesivas reediciones de estas obras<sup>4</sup> hasta su postrer artículo “Un don del océano: Benito Pérez Galdós”, recogido por Mercedes Gómez Blesa en *Las palabras del regreso*<sup>5</sup>, Salamanca, 1995.

Precisamente será en este artículo donde descubramos algo que probablemente sólo pueda ser entendido desde su cuna canaria. Poco importan los comentarios acerca del amor que Benito Pérez Galdós conservara por su tierra natal, sobre si mantuvo aprecio por las islas o no. Hoy sabemos, por investigaciones de ilustres hispanistas y galdosistas, que algunas determinaciones que luego se desarrollarán en su obra estaban ya sembradas en la formación recibida en su Gran Canaria. Pero, además, estaba el océano compartido por

---

<sup>1</sup> Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Ed. de Jesús Moreno. Madrid, Trotta, 1998.

<sup>2</sup> *Madrid, Endymion*, 1987.

<sup>3</sup> Barcelona, Mondadori, 1989

<sup>4</sup> *La España de Galdós*, Madrid, Taurus, 1960. Existen ediciones en La Gaya Ciencia, 1982 y Endymion, 1989.

*España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994.

<sup>5</sup> *Las palabras del regreso (Artículos periodísticos, 1985-1990)*, Ed. de Mercedes Gómez Blesa, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995.

todas las islas, “la paz oceánica, sin fronteras”, espacio de abismo, de murmullo ante el que no vale envalentonarse pues ya se está ante la inmensidad sino, sencillamente, convertirse en isla. Dejarse bañar, rodear por las palabras y los sonidos y escuchar. Tan debió ser así que, nos dice María Zambrano, Galdós hizo de la tierra firme una isla: Madrid. Y si el océano es la inmensidad, la isla es el abrigo donde la vida se hace patria; espacio grande o pequeño, más bien pequeño pero abierto a la universalidad, pero siempre reconocible por sus voces.

He ahí, pues, una percepción incorporada sutilmente al pensamiento que Galdós habría desarrollado en su obra y que María Zambrano, sureña, nacida al amparo del mediterráneo, pero no isleña, desarrollaría metafóricamente en la idea de la articulación de España y Europa. Isla y océano, como en los sueños del niño Gabriel Araceli del Episodio *Trafalgar* que concebía a Europa como una gran isla dentro de la cual estaban otras islas que eran las naciones...<sup>6</sup>.

“¿No parece acaso esto -se pregunta María Zambrano- una señal, un estigma, por no decir una condena, del dado en prenda por el océano a la tierra firme?”<sup>7</sup>. Decíamos que María Zambrano había desarrollado metafóricamente esa idea a propósito de España y Europa. Mas no sólo. También ella misma fue una isla como todo exiliado lo es, a solas con sus recuerdos ante la inmensidad que se abre más allá de uno mismo. Que D. Benito fuera arrojado al exilio de manera pacífica y no de manera trágica, como ella nos recuerda, a diferencia de ella misma que lo fue de esta segunda manera, nos permite explicar por qué entre la obra del escritor canario y la escritora malagueña se estableció un nexo temprano que puso a María Zambrano en una senda que permaneció cerrada para otros contemporáneos suyos. La distancia que separa la paz de la tragedia explicaría, a su vez, que María Zambrano no se contentara con las razones dadas a la fragilidad de la vida humana por el autor canario y necesitara remontarse aún más, mucho más, en la búsqueda de las causas de la violencia.

No es, pues, casual que María Zambrano fuera una lectora precoz de Galdós. Creo que es Jesús Moreno, citando a Ricardo Gullón, quien nos recuerda esto. Y que nuestra filósofa leyera a Galdós de una manera bien distinta a como le habían leído las generaciones del 98, la del mismo Ortega y la suya propia. Si exceptuamos a *Clarín*, entre los contemporáneos, uno de sus mejores lectores junto a Manuel de la Revilla y Urbano González Serrano, es un hecho cierto que pocos han sido capaces de descubrir esa inmensidad hecha de islas que se entrecruzan para constituir ese mapa universal de la vida humana, conformada, también, de aspectos físicos y simbólicos que es la obra de Galdós. Incluso durante la República textos como el de Emilio G. Gamero y de Laiglesia<sup>8</sup> no dejan de ofrecernos una visión bastante periférica de su obra, aunque no deformadora, como había sucedido anteriormente y volvería a suceder después.

Debió ser su propio padre y la tertulia segoviana, quizá el profesor de literatura del Instituto, con menos probabilidades alguna asignatura de la Facultad (sabemos por Mindán que Gaos daba una asignatura en tandem sobre “Filosofía y Literatura”<sup>9</sup>), lo cierto es que

<sup>6</sup> Mora, J.L., “La imagen de España y Europa en la obra de Galdós”, Abellán, J.L. (coord.), *El reto europeo: identidades culturales en el cambio de siglo*, Madrid, Trotta, 1994

<sup>7</sup> Zambrano, M., “Un don del océano: Benito Pérez Galdós”, ed. Blesa ya citada, p. 124.

<sup>8</sup> *Galdós y su obra*, Madrid, Espasa Calpe, 1933.

<sup>9</sup> Mindán, M., *Testigo de noventa años de historia*, Zaragoza, Lib. General, 1995.

esta aproximación de María Zambrano, estudiante de filosofía, a la novela de Galdós, y, sobre todo, la manera como lo hace, fue completamente novedosa para su época y crucial para su obra, tanto por contenidos concretos de las novelas galdosianas como, sobre todo, por la reflexión acerca de la novela misma. María Zambrano estuvo muy al tanto de lo escrito por Unamuno, Ortega o Baroja entre nosotros; Croce y Lukacs, desde fuera de España, acerca de lo que la novela como género significó hasta convertirse en un elemento clave de la reflexión sobre la crisis de la razón.

Podríamos sintetizar en los siguientes siete puntos de contacto el centro del encuentro entre las obras de ambos escritores. Ahí, creemos, se condensa la inspiración galdosiana del pensamiento de María Zambrano:

1. Si nos referimos a **circunstancias históricas**, podríamos recordar que Pérez Galdós y María Zambrano fueron hijos, ambos, de una ilusión, de su fracaso y, finalmente, de cómo sacar a flote -de nuevo una metáfora marina- una esperanza. Ello nos lleva a recordar que España ha sido un país de efectos retardados (contrarreformas, por ejemplo) y no menos de efectos diferidos en forma de esperanzas cumplidas al cabo del tiempo. Para Galdós su experiencia de la Gloriosa y el periodo siguiente hasta la que él lúcidamente, como nos ha recordado José María Jover, llamó Primera República en el Episodio de este título<sup>10</sup>, no debió ser muy diferente a la experiencia de Zambrano con la Segunda República. En este sentido, de ambos fracasos han surgido las producciones tanto del autor canario como de la escritora veleña.

2. Cuando se experimentan fracasos políticos de esta magnitud en los cuales el individuo y la nación misma habían apostado por un modelo de organización de la vida pública que diera solidez al Estado bien fuera en la perspectiva del joven liberal Galdós, admirador de Prim, en tiempos del Syllabus y del Vaticano I que le llevaría, andando el tiempo, a militar desde la convicción política y moral en la coalición republicano-socialista y sumirle en una especie de exilio interior frente a la España reaccionaria; o de la ardorosa María Zambrano dando mítines, en nombre de la posterior coalición del mismo nombre, en abril de 1931 que terminó con ella, en este caso en el exilio propiamente dicho, ya nada vuelve a ser igual. Ni hacia adelante: ¿en qué modelo político confiar? Seguramente ésta es la pregunta que ambos se hicieron. Basta releer el final de *Cánovas* en el caso de Galdós<sup>11</sup>, o *Persona y Democracia*<sup>12</sup> si hablamos de María Zambrano para darnos cuenta de la respuesta que se dieron.

Pero tampoco hacia atrás. **No caben ingenuidades ante la historia**, no podemos permitir que ésta nos vuelva a sorprender.

3. En este sentido María Zambrano encontró en Galdós a alguien que sabía mirar hacia atrás y no sólo con ojos curiosos, ni atento sólo a los hechos -pues éstos son los efectos y no las causas nos dirá- sino con el deseo de **hacer coincidir la historia con la conciencia**

---

<sup>10</sup> Jover, J.M., *Realidad y mito de La Primera República*, Madrid, Austral, 1991.

<sup>11</sup> Mora, J.L., "La imagen de España en el último Galdós", *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1992)*, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, pp. 243-53.

<sup>12</sup> Barcelona, Anthropos, 1988.

**de la misma.** En el artículo “La desidia ante la historia”<sup>13</sup> no dejaba de reconocer María Zambrano que hubiéramos hecho historia, nuestra desidia no residía ahí sino precisamente en nuestra dejadez al intentar saber el sentido de lo que habíamos hecho. Ahí encontró la primera muestra de lucidez en la obra de Galdós, en sus Episodios al intentar rastrear las causas del fracaso en las posiciones de los liberales doceañistas. Recuérdese, p.e. su segunda novela *El audaz y*, por supuesto, el conjunto de los Episodios que forman las dos primeras series que Galdós se apresuró a escribir con prontitud. Esta postura no sólo se mantuvo durante su vida sino que se acrecentó, ya en su madurez, en el prólogo puesto al libro de Salaverría *Vieja España*<sup>14</sup>, al remontarse a la política de los Reyes Católicos para explicar algunos de nuestros males por haber introducido un factor de división: “No vio -se refiere a Isabel la Católica- o no la dejaron ver, que si antes de morir hubiera desatado nuestras conciencias, habría hecho más por nosotros que descubriendo cien Américas y conquistando doscientas Granadas”<sup>15</sup> hasta no perder su afán de unidad que expone en forma de alegoría en *La razón de la sinrazón* (1915), pocos años antes de morir. Esta sintonía ante la historia hizo mucho por que María Zambrano leyera a Galdós.

En esta visión retrospectiva aparece, pues, **la necesidad de explicar el fracaso.** Pero no sólo. También de buscar nuevas razones para la esperanza. Por este motivo aparecen entre ambos escritores sintonías en el común rechazo de las explicaciones mecanicistas o hiperpositivistas o de diagnósticos que hacían imposible cualquier terapia; o, incluso, coincidieron en rechazar la esencialización del problema. Por detrás de la generación finisecular -Galdós-; por delante -María Zambrano- ninguno se aferra ni a interpretaciones hiperpositivistas o esteticistas (opuestas pero coincidentes en ocasiones) ni tampoco a las materialistas ni a las idealistas. Sí creo, en cambio, que a partir de esta experiencia inicial en ambos estuvo presente más un horizonte de carácter moral, en el sentido de buscar la renovación del individuo y en afirmar un compromiso radical más que en defender modelos políticos en la línea de los ya existentes. Estamos ante propuestas de renovación o de salvación, si así quieren denominarse, y esto es propiamente lo que son, dicho de manera apropiada.

4 Y aquí aparecen **la novela y la filosofía.** Para esta misión -ésta y no otra es la palabra- no bastan ni la historia positiva ni la filosofía tal como se ha cultivado. Para María Zambrano, no basta tampoco la novela aunque este género sea imprescindible para el diagnóstico. Galdós sí se queda aquí y ahí radicaría la diferencia entre ambos, entre el novelista y la pensadora.

Primero, no es suficiente la verdad histórica aunque ésta sea necesaria y hasta imprescindible. Si queremos no sólo explicar el fracaso sino superarlo no podemos quedar satisfechos exclusivamente con el descubrimiento de esa verdad. Tampoco la verdad filosófica como la habíamos heredado del racionalismo europeo, repartidora de éxitos o

---

<sup>13</sup> Se trata de un texto mecanografiado recogido en la Fundación María Zambrano. Leva fecha de marzo de 1954 con la indicación de que está escrito para el *Papel Literario* de Caracas.

<sup>14</sup> Pérez Galdós, B., “1907. Prólogo a José María Salaverría, *Vieja España*”, Shoemaker, W.H., *Los prólogos de Galdós*, The University of Illinois Press. Ed. Andrea, México, 1962

<sup>15</sup> *Ib.*, p. 96. Para un estudio de este punto puede verse Mora, J.L., *Galdós (1843-1920)*, Madrid, Ed. del Orto, 1998. O consultarse en [www.ensayo.rom.uqa.edu](http://www.ensayo.rom.uqa.edu)

fracasos según la concentración de esa propia razón pero sin salvación para las periferias. Más que océano esa razón era continente compacto sin horizontes de apertura pues estaba hecha para explicar el éxito del desenvolvimiento de la propia razón pero la comprensión de los fracasos se resolvía como si estos fueran simples agujeros negros y ello les pareció una teoría muy insuficiente porque ahí puede haber gente y de hecho la hay. Y si hay gente hay sufrimiento, no simple vacío o nada.

Éste fue el descubrimiento compartido por Galdós y María Zambrano en su valoración del significado del Quijote cervantino, es decir, de la novela, género que sin renuncia a la referencia histórica, bien definida en el paso del Renacimiento al Barroco, nos permite una relectura del pasado, es decir, sacar una lección moral donde había fracaso en el campo de la acción política. Consigue, pues, la novela principalmente que no perdamos de vista la unidad establecida sobre otros parámetros y nos obliga, además, a creer en que la salvación es posible.

Fue en el artículo “La reforma del entendimiento español”<sup>16</sup> donde María Zambrano nos explicó su proyecto y como sucede con toda su escritura es casi imposible resumirlo, no está pensado para eso, sino para meditarlo. Deberíamos, pues, traerlo aquí casi en su totalidad. Por ello nos fijaremos solamente en dos puntos que desarrolla, conviene recordarlo, siempre desde el rechazo a los irracionalismos y desde la afirmación clara de la necesidad del pensamiento ya que la vida por sí sola es incertidumbre. En ambos María Zambrano hace una reflexión a mitad de camino entre la *Fenomenología del Espíritu* y la *Filosofía de la Historia* pero cambiando los términos de Hegel en la medida que pretende establecer el papel de España en el concierto de los tiempo y las naciones. Esos dos puntos son los siguientes: primero, la demarcación acerca de la función desempeñada por la filosofía y la novela en orden a justificar la vida; y, segundo, la especificación de lo realizado por España en este sentido.

En el primer apartado explica con mucha claridad (y si cabe convendría recordar que haría lo propio años después en *La Agonía de Europa*<sup>17</sup>) **el sentido del nacimiento de la filosofía** como la necesidad de recomponer la unidad perdida respecto de la vieja sabiduría y del fondo religioso de la vida; y lo mismo hace respecto de esa refundación filosófica que tuvo lugar en el siglo XVII a través de lo que podríamos denominar ahora la razón geométrica. Ha sido en este proceso, vinculado al desarrollo de la filosofía, al que ha estado unida la construcción europea y también su fracaso. Quizá la violencia que exigió esta construcción y que viene de lejos, de aquel fondo originario en el cual la filosofía se ofreció como mediadora. Mas su afán no pudo evitar esa violencia que se hizo método o sistema, reducción que ha terminado por generar su propio fracaso.

Así pues, habla María Zambrano de la necesidad del conocimiento racional, de la conciencia del fracaso de cualquier otro y aun de éste cuando ignora su papel de mediación o cuando la conciencia de dualidad es tal que la razón sistemática no basta, no ya para conocer o saber sino para salvar al universo mismo. Conocimiento y superación del fracaso, es decir, establecimiento de una posibilidad de salvación debe ser la razón misma de la filosofía que ésta ha olvidado con frecuencia. ¿Mas en qué consiste el fracaso? ¿En que la vida, es decir, “la astucia, la capacidad de disimulo o la potencia de fabricar caretas

<sup>16</sup> *Los intelectuales en el drama de España...* ya citado, pp. 152-64.

<sup>17</sup> Prólogo de Jesús Moreno, Madrid, Trotta, 2000.

superpuestas” transite al margen del sentido, es decir, de la finalidad y de la plenitud? El modelo de unidad griega fue mantenido mientras una serie de parámetros se mantuvieron estables pero hacia el final del Renacimiento no pudo sostenerse por más tiempo una idea de Europa, una concepción del hombre cuyo comportamiento respondiera a sus ideales.

Precisamente fue España la primera sociedad en tener esta experiencia. Constructora de un Estado sobre bases medievales, España se encontró imposibilitada de seguir los modelos de recomposición de la unidad racional que pusieron en marcha en el XVII el racionalismo y empirismo, hijos, al tiempo, de la Reforma religiosa y de la reforma del entendimiento de las cuales, como nos recuerda, España habría quedado fuera. Mas la aparición del tiempo como mudanza radical en que parece consistir el hombre, anticipación de la moderna conciencia de la historia, trasmutó el viejo concepto épico de un mundo ordenado por los dioses donde metafísicos o caballeros andantes reconstruían con facilidad el orden si, accidentalmente, se producía alguna perturbación y ello propició que España ocupara el lugar del frenesí o del delirio, si se quiere.

Habríamos venido a ser la otra cara de la modernidad. Para María Zambrano, quien supo ver certeramente esta nueva situación fue Cervantes y su Don Quijote representó la expresión del fracaso que supone no tomar conciencia del tiempo, es decir, no darse cuenta de que los deseos y la lógica del mundo no tienen por qué coincidir (al mismo tiempo). Su genialidad residió en la invención del género narrativo que permite mostrar las caras de la actividad humana y hacerlo al mismo tiempo a través de la ironía, esa forma oblicua que muestra tanto el fracaso como la esperanza de salir de él. No es la vieja tragedia griega ni la shakespeariana. Es la novela que vendrá a jugar un papel en la explicación de la historia de España donde la voluntad contenida necesita ser liberada para conseguir una salvación que el simple conocimiento no ha logrado. Pues en esa salvación la sangre es el signo de vida. Pudo haber tentación de protestantismo en los Zambrano, quizá en el abuelo, quizá en la infancia de su padre pero no pudo haber renuncia a las obras y a la historia, ni a los sentidos. Basta leer “España y su pintura”<sup>18</sup> para darse cuenta que en la filosofía de María Zambrano, formada en la vanguardia como luego diremos, ninguno de los sentido sobra, es más, todos son necesarios para conseguir la plenitud, vinculada a la luz, “nuestro misterio supremo, el que sentimos inagotable”. ¡Hasta emplea la expresión: “metafísica de los sentidos”!. Así la novela se eleva a un plano superior al de un simple género literario; es la base sobre la que puede construir su salvación el hombre moderno y mostrándole que debe dejar de lado sus pretensiones de héroe y quedar reducido al de su estado natural humano.

Así el personaje de D. Quijote muestra a la perfección ese proceso: se reencarna en el imperativo categórico kantiano pues... “don Quijote era la voluntad pura de Kant antes de que nadie pudiese pensarla, antes de que el mundo la necesitase y pudiese comprenderla”<sup>19</sup> pero, además, lo hace también en la “convivencia, diríamos *pura*, con Sancho”. Y es aquí donde muestra su humanidad, “profecía sin petulancia de un tipo de relación humana que aún no se ha realizado.” La filosofía habría seguido la primera línea, la de la universalización del sujeto trascendental; la novela ha optado por la segunda, “de Cervantes a Galdós pasando por la picaresca” “supone una riqueza humana mucho mayor que la filosofía, porque supone que algo está ahí” y por tanto, al no haber supuestos podemos ver lo que somos y aquello de que carecemos. Este genero literario, pues, no sólo habría lúcidamente visto el fracaso del viejo orden sino anticipado las insuficiencias del nuevo.

<sup>18</sup> Zambrano, M., *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Acanto/Espasa Calpe, 1989.

<sup>19</sup> “La reforma del entendimiento español”, en *Los intelectuales...* obra citada, p. 159

Buena parte de estas ideas están desarrolladas en los capítulos que componen *El sueño creador*<sup>20</sup>, librito dedicado a la memoria de sus padres, en el que podríamos destacar a los efectos de las ideas que aquí comentamos “La novela *Don Quijote*. La obra de Proust” donde, al tema del fracaso, añade la idea de la ambigüedad del ser humano, la libertad de que goza el protagonista y el esfuerzo por conseguir la unidad a que se dedica este héroe novelesco, punto donde la novela “entra en el reino de la poesía”; “poema, siendo apurada novela, porque todo lo que es humana creación entra en la poesía cuando se logra”<sup>21</sup>, nos dice. Así pues, el héroe novelesco es la expresión de esa libertad suprema que proporciona la conciencia como sueño, deseo e ideal, pero que se vuelve ambigua al enfrentarse a la lógica de los acontecimientos. No hay respuesta final sino como conciencia. La novela se revela como el ámbito del individuo; la filosofía ha deseado acceder al ámbito del sujeto trascendental -formalización de la realidad, asunción de las cosas- mientras la novela al no querer prescindir de éstas, individualiza “poéticamente”, es decir, a través de la capacidad simbólica. Ideas que María Zambrano desarrolla en “La ambigüedad de Cervantes”, “La ambigüedad de Don Quijote” y algunos otros artículos de *España, sueño y verdad*<sup>22</sup>.

Galdós fue para María Zambrano un Cervantes próximo. Sin duda porque Galdós fue el mejor lector que tuvo Cervantes entre los escritores de la generación de 1868 obtuvo buen provecho de aquello que la novela significa como escritura: la confrontación de la conciencia con la naturaleza y la sociedad a través del tiempo.

Reformador de la novela española hacia 1870, consiguió Galdós que fuera el género por antonomasia para quienes, en su tiempo, experimentaron que entre el hombre y su destino no hay una correspondencia automática. Fueron, lógicamente, los protagonistas de la revolución septembrina quienes vivieron en sí mismos esta experiencia. Por eso combatió la novela de distracción o evasión que cambió por la del compromiso con la realidad que tan bien expresa en *Marianela*, novela que podemos tomar como el canon de su estética y en la que hace profesión del tipo de verdad a que aspira el novelista frente al reportero o cronista que se limita a describir hechos sin buscar en el interior del hombre. Mas es ahí donde reside la verdad. Cuando el desarraigo entre la conciencia y la realidad, entre el deseo y la realización, entre las palabras y las cosas se hace más evidente; cuando, en definitiva, la falta de sentido es patente y el mundo se nos va de las manos, la literatura y, más concretamente, la novela ha mostrado ser un instrumento de deconstrucción y restauración. Por eso Galdós la sacó de sus cenizas literarias, porque hay realidades y situaciones que no pueden ser conceptualizadas a secas, ni siquiera analizadas metódicamente y porque sólo pueden ser conocidas a fuerza de ser vividas y viceversa. En definitiva, la novela es el único género capaz de asumir ese doble camino. El esfuerzo gigantesco por lograrlo constituye hoy la mejor vigencia y actualidad de Pérez Galdós, precursor en varios de estos aspectos de Unamuno y Ortega. Como dice Gilbert Azam, “la realidad se muestra a quien la mira desde un horizonte bien determinado. La realidad en sí y para sí no existe, y, ya que cada vida es un punto sobre el universo, cada individuo, cada pueblo, cada generación es un órgano imprescindible para la conquista de la verdad”<sup>23</sup>. María Zambrano supo captar esta lección: que no basta la verdad, que se precisa la verdad de la vida, , dicho de otra manera, la verdad viviente. Por eso la verdad del arte compite con

---

<sup>20</sup> Madrid, Turner, 1986

<sup>21</sup> Ib., p. 114

<sup>22</sup> Citado en la nota 4.

<sup>23</sup> Azam, G., *El modernismo desde dentro*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 148.

la historia por erigirse en maestra de la vida. En esto María Zambrano se halla cerca de Pessoa.

Así pues, María Zambrano leyó con tino a Cervantes y a Galdós, novelistas por excelencia, y extrajo de ellos toda una lección que servía para corregir excesos o limitaciones, según se mire, de la filosofía. La novela cumple una función importante en la restauración de nuestro entendimiento a través de la aprehensión de nuestra historia cuando se debe incluir el fracaso y trocarlo en esperanza, es decir, en salvación. La filosofía moderna entera se ha visto obligada, por ello, a leer, antes o después, a Cervantes.

Es cierto que Galdós se quedó ahí. No tuvo gran aprecio por la filosofía académica aunque su obra no se entiende sin la influencia que sobre él ejercieron hombres como Fernando de Castro, el mismo Giner o Gumersindo de Azcárate, el movimiento denominado krausopositivista en general, para entendernos. Podríamos recordar ahora su temprano artículo “La mujer del filósofo”<sup>24</sup>, la conclusión que podemos sacar de *La familia de León Roch*, la evolución que tiene en *El amigo Manso* de quien aprecia precisamente su valor como conciencia<sup>25</sup>.

Mas demasiado poco para sostener la filosofía académica cuyo peso considera muy inferior al de la religión misma -quien lo diría recordando las cosas que se han escrito sobre Galdós -a la hora de contribuir a la cohesión social. El tema de la unidad de nuevo, sobre el que escribió un artículo en 1885 perteneciente a la serie de los publicados en *La Prensa* de Buenos Aires<sup>26</sup>. Para Galdós es el arte, la novela más concretamente, la forma de conocimiento capaz de elevarse a niveles de universalidad en los términos en que lo explicó en su discurso de ingreso en la Academia: *La sociedad presente como materia novelable*<sup>27</sup>.

Mas creo que a María Zambrano este paso de los individuos a los tipos le parecía insuficiente y por ello no renunció a la filosofía. Ahora bien, a una filosofía con alma, un alma sensual decíamos, hecha de luz, de colores y de sangre que corre por la venas. Bien es cierto que no termina de definir el concepto de “realismo español”<sup>28</sup>, donde el sustantivo indica el aprecio por las cosas, no simplemente la elaboración de conceptos secos o una revisión de la historia donde las cosas queden reducidas a su estado como objetos. Lo español, desde esta orientación, marca distancias con el positivismo o el materialismo de uno u otro signo y entronca con una concepción de la razón clásica que al ir rozándose a lo largo de la historia con acontecimientos diferentes adquiere rostro. La razón poética que dibuja ya en los años treinta y que está perfilada antes de terminar la guerra debería servir para explicar el fracaso de lo que nos ha faltado y ser la base misma de la esperanza.

Mas la violencia ha sido de tal naturaleza en ese primer tercio del siglo XX que las razones deben pertenecer a un fondo originario al cual sólo puede asomarse la filosofía. Si la novela nos muestra el fracaso y lo hace desde fuera de la filosofía se debe a que la propia filosofía había quedado incapacitada para darse cuenta de que ella misma era la razón de ese fracaso al ser hija de un exceso de violencia producida por su afán de reducción. Pero la

<sup>24</sup> Recogido en *Viajes y Fantasías*. Prólogo de Alberto Ghirardo, Madrid, Renacimiento, 1928, 199-212

<sup>25</sup> Mora, J.L., “La novela galdosiana como interlocutora de la pedagogía institucionista”, López, J. (coord.), *La Institución Libre de Enseñanza: su influencia en la cultura española*, Universidad de Cádiz, 1998, pp. 177-96.

<sup>26</sup> Shoemaker, W., *Las cartas desconocidas de Galdós en “La Prensa” de Buenos Aires*, Madrid, Ed. de Cultura Hispánica, 1973, pp. 145-53.

<sup>27</sup> Pérez Galdós, B., *Ensayos de crítica literaria*. Ed. de Laureano Bonet. Barcelona, Península, 1990, pp. 157-66.

<sup>28</sup> Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española* cit. En la nota 2, pp. 39-42.



fractura producida por un exceso de la razón no podría corregirse prescindiendo de esa misma razón. Por eso María Zambrano es filósofa; porque hay voluntad de filosofía. La reflexión sobre la literatura, sobre la novela concretamente, queda incorporada a esa función superior. Aun de esta forma, si “el tiempo creador donde nace el ensueño personal se abrirá paso en la claridad de la conciencia. Y si a tal situación de la mente corresponde una cierta situación de la sociedad, entonces dejaría nuestro señor Don Quijote de hacer penitencia sirviendo de burla, y nosotros, los españoles, comenzaríamos a entendernos a nosotros mismos. Pero, ¿son suficientes filosofía y poesía?”<sup>29</sup>.

5. Pues no, porque falta el nexo: la misericordia. Tenemos la filosofía, la poesía y la historia. La primera nos protege de las apariencias y es consolación y cura. Es el Estado que no ha entendido el fracaso y es la soberbia de la creación frente a la humildad del pensamiento en época de crisis. La poesía es la herida, la marginación que se abraza al fracaso. Es la recuperación del idealismo por la mística. La historia, por su parte, es el tiempo y la contingencia, recuperada por Hegel para integrarla con la razón pero sin haber conseguido que hiciera lo propio con la vida. Guía para el hombre, se aproxima en esto a la poesía. Las tres auguran un nuevo saber: “La Filosofía ha dado paso a la revelación de la vida y con ella a la historia; la historia llama a la poesía” nos dice María Zambrano en *Poesía y filosofía en la vida española*<sup>30</sup> pues “sabiendo nuestro pasado es como será verdaderamente nuestro, es como estará vivificado, plenamente presente en este instante, en cada instante de la vida. En suma -concluye- este saber nuevo tendrá que ser un saber de reconciliación, de entrañamiento”<sup>31</sup> Ya no sólo resignación sino querer, voluntad de integración.

En este punto surge *Misericordia*, la excelente novela de Pérez Galdós, publicada en 1897, al tiempo que *El abuelo* y en una serie dotada de coherencia interna, es decir, que forma parte de un proyecto bien trazado: el que va desde *Angel Guerra*, los *Torquemada*, *Nazarín-Halma*, la propia *Misericordia* hasta por lo menos *Casandra* si es que no se prolonga hasta *El caballero encantado* y *La razón de la sinrazón*, ya en 1915. Esas novelas de los años noventa, escritas con técnica realista (metodología positivista diríamos en filosofía) tienen, no obstante, mucho de los ideales modernistas como revisión de los presupuestos del naturalismo-positivismo de los años ochenta y como otro proyecto moral, envuelto, a su vez, en un proyecto estético con fines políticos<sup>32</sup>.

Hablamos de una novela excelente, llena de claves históricas pero con proyección de universalidad. No podía pasar, pues, desapercibida a María Zambrano, aunque sobre ella pasaran más superficialmente lectores como Unamuno. Por si había dudas sobre algunas de sus potencialidades más radicales basta haber asistido a la lectura que hizo Alfredo Mañas en su adaptación teatral de 1971, repuesta recientemente, para darse cuenta de que las lecturas simplonas tenían poco hacer frente a un texto tan rico.

Zambrano se dio cuenta de que Galdós, sencillamente, trató de que determinados nombres se pusieran a quienes eran capaces de encarnar la realidad que se trataba de nombrar. No bastaba ser una institución benéfica para que se pusiera el rótulo de

<sup>29</sup> Zambrano, M., “La ambigüedad de Cervantes” en *España, sueño y verdad*, cit. En nota 4, p. 29.

<sup>30</sup> O.c., p. 24

<sup>31</sup> Ib., p. 25.

<sup>32</sup> Mora, J.L., “*Misericordia* en *La España de Galdós*”, *Filosofía y Poesía*, Madrid, Fundación Rielo, 1994, pp. 53-79.

“Misericordia”. Esta virtud consiste en una forma de ser frente a la apariencia y la beneficencia no dejaba de ser una aliada de las apariencias.

En plena guerra civil creyó encontrar María Zambrano en este texto galdosiano la expresión de la autenticidad, elemento imprescindible para la superación de la fractura que padecía en carnes vivas<sup>33</sup>. En el país de la tradición inquisitorial, como en el pasado del XVI, también en plena Restauración aún con el fracaso de las clases medias, ancladas en la falsedad de las apariencias y el falso clasismo autoritario, le fue posible a Galdós encontrar la libertad radical de los antiguos místicos y también de esta mujer del pueblo, mendiga en el pórtico de la iglesia de San Sebastián que se rige por los dictados de su sola conciencia para ser misericordiosa y hercúleamente trabaja para que la realidad se parezca a sus sueños de justicia social y autenticidad, incluida la tolerancia que hace posible, en su relación con Almudena, la presencia de un Dios universal, más allá de las confesiones religiosas y de las burocracias -de ese Dios que atiende desigualmente a ricos y pobres, según el alegato hecho por el propio Galdós en *Cassandra*-. Una España como la que hubiera hecho Benigna no habría llegado a la guerra civil pues el fascismo engendrado por la cursilería del señoritismo, representada por Doña Paca y su entorno, habría desaparecido vencida por la autenticidad.

Tanto se ha hablado acerca de la difícil construcción de una moral social en España, más allá de la moral confesional, que la lección del ya maduro Galdós en su aproximación tardía a la moral gineriana se nos muestra ahora mucho más potente de como lo consideraron no ya sus contemporáneos, sino las posteriores vanguardias, incluidas las de los años setenta, en los inicios de la transición democrática.

“Aprendamos, aprendamos cuanto el pasado enseña, pero no olvidemos lo que el porvenir demanda” concluía un artículo de Urbano González Serrano titulado “El pasado y porvenir de la literatura”<sup>34</sup>. Pues eso le lleva a Galdós a no despreocuparse de la realidad que representa esta reencarnación de Julián el Apóstata que representa la Juliana, administradora frente a la sisona Benigna. Sentido moral -voluntad que se alimenta de ideales, justicia social, amor y tolerancia- y eficacia -es decir, racionalidad administradora- era la receta galdosiana que María Zambrano supo leer tan bien.

Cuando vuelva a reescribir sobre esta novela, como hizo con tantos otros textos, y aunque sólo pretendiera redactar una nota como ella nos señala, María Zambrano, ya en la distancia (que nunca olvidó pues ella no olvidó nunca nada) resuelve su interpretación en los puntos en que la filosofía debía afrontar el problema de la existencia: primero, el establecimiento de la radicalidad de la vida, “la realidad de la vida” y, segundo, “la verdad de la vida o la vida de verdad”. Aquí es donde enlaza con el maestro y donde le sabe a poco la razón vital orteguiana pues se necesita la misericordia para descubrir la verdad de la vida y ello sin salirse la vida misma aunque ésta sea un infierno como el que vivió Nina. Definitivamente la razón moderna, en su versión ilustrada, estaba más preparada para explicar el éxito que el fracaso. Pero lo que de verdad había era fracaso: dos guerras mundiales y una guerra civil... y el exilio. La razón neokantiana, saber de segundo grado, metateoría, es un saber insuficiente como lo es la pretensión de sistema. Si de coherencia hablamos quien da una lección es Benigna.

---

<sup>33</sup> Zambrano, “Misericordia” en *Los intelectuales...* o.c., pp. 228-48

<sup>34</sup> González Serrano, U., *La literatura del día*. Ed. de José Luis García Martín, Gijón, ed. del Peixe, 2001, pp. 228-31.

Lo que está, pues, buscando es la unidad alternativa a la surgida del racionalismo o de las religiones que han propiciado el absolutismo ya que no es ese el tipo de unidad que necesitamos, nos dirá en *Persona y democracia*.

En este sentido considero que la influencia más interesante que María Zambrano recibe de Galdós está en lo que denomina “realismo español”: “tan nombrado y trillado como poco conocido -nos dice-, “realismo español”, del que con tanta frecuencia se habla como de algo evidente que con sólo nombrarlo bastara, como si a alguien que se interesara de veras por el misterio de la vida de una persona se le pretendiera satisfacer contestándole: se llama fulano de tal. Y así, para explicar los misterios de nuestro arte más excelso, se emplea el término “realismo español”, añadiéndole a veces un adjetivo como “extremado”, “sangriento” y hasta “bárbaro” Y continúa: “Para poder precisar en qué consiste este género de saber, habría que revisar los géneros esenciales del saber desde sus orígenes en Grecia, por una parte, y por otra descubrir las raíces de la actual crisis del saber filosófico, o más exactamente racional, de su insuficiencia y agotamiento, para volverse a descubrir este otro saber donde la razón racionalista lo mantuvo confinado, sin haberle podido impedir, sin embargo, que irradiara desde sus escondrijos en los más insospechados lugares” (...) “...se hace preciso marcar que la ciencia que en las novelas de Galdós aparece, el profundo saber de las cosas de España que en ellas se encierra, sólo quedará ampliamente reconocido, y por tanto asimilado, cuando ese género de saber haya alcanzado validez y nombre, es decir, objetividad plena” (...) “Será la actuación continua y humilde de una razón que no ha comenzado por nombrarse a sí misma, por establecerse; de una razón o manera de conocimiento que se ha extendido humildemente por seres y cosas, sin delimitarse previamente a sí propia; que ha actuado sin definirse ni separarse, mezclándose, inclusive, con la razón al uso, con su enemiga y dominadora razón racionalista. Pero es que una de las características de tal género de razón sería el no tomar represalias contra lo que la domina, el no tomar represalias más que en el terreno de la creación, rebasando, superando -jamás rebatiendo ni disputando-. Razón esencialmente antipolémica, humilde, dispersa, misericordiosa”<sup>35</sup>.

En ocasiones he llamado a este saber, saber de acompañamiento, respetuoso con las cosas, fundamental en la vida cotidiana, problemático por su capacidad limitada en la ordenación de la historia. Ahí radicaría nuestro vitalismo y también nuestra débil institucionalización. En fin, necesitaría más explicación pero esta alternativa al racionalismo moderno hecho de una tradición española que se remontaría a *El libro del buen amor*, *La Celestina* o *El Quijote* parte del pensamiento del barroco hasta llegar a las propuestas de Larra y la articulación entre la renovación estética propuesta por Galdós, la llamada literatura filosófica o sentenciosa según la denominación de Clarín y la recepción del positivismo filosófico en lo que se llamó krausopositivismo, así como en la recepción del neokantismo tal como en su crítica literaria lo desarrolló Manuel de la Revilla. Después de ellos la razón unamuniana que se expresa en novelas, poesía y ensayos es heredera de esta tradición (aunque no sólo); lo mismo dígame de la razón vital orteguiana (y su queja de que se entendiera como literatura lo que era filosofía) y, por supuesto, la razón poética zambranianiana. Creo que es una alternativa epistemológica en la línea de lo señalado por Bajtin: “cuando la novela se convierte en género dominante, la teoría del conocimiento se convierte en la principal disciplina filosófica”; y no menos una alternativa moral en el

<sup>35</sup> Zambrano, M., “Misericordia”, *Los intelectuales...*, o.c., p. 231-32. También en *La España de Galdós*, o.c. nota 4, pp. 115-17.

sentido de que no pretende violencia sobre la realidad sino eliminar las apariencias que amodoran la conciencia como sucede con el protagonista de *El caballero encantado* quien es sometido a un baño de la realidad para que se libere de los falsos encantamientos. María Zambrano nos puso al frente de *El sueño creador* estas palabras de su padre que son fundamentales para entender esto: “No se cree lo mismo la verdad que la mentira”.

6 España al fondo. ¿Cómo incorporarla a la unidad? Y, además, ¿cómo puede contribuirse para que se eliminen las unidades que llevan al absolutismo?

Es muy probable que María Zambrano se diera cuenta muy pronto de que compartía con Galdós la preocupación por España, país fracturado, con graves dificultades en la reconstrucción de la unidad en los términos indicados más arriba. Y en este sentido, ambos seguramente se identificaban con la idea de que la tradición era el problema y la solución en la medida en que ambos pertenecían a esa España que “el historiador católico”, como María Zambrano se refería a Menéndez Pelayo, había calificado como de heterodoxa. Y ambos, igualmente, a su pesar.

La lectura de *Delirio y Destino* es clave para entender este punto: el enfrentamiento en el diagnóstico realizado por el historiador “fervoroso y objetivo de los heterodoxos” y “el enumerador de la España sub-histórica, de las entrañas que quedan bajo el vivir histórico, de la vida cotidiana, y aun de la historia misma...” Y continúa: “La historia de Menéndez Pelayo es una visión poética de España asistida naturalmente de la ciencia. Dilthey quizá no la hubiera desdeñado enteramente. Galdós, más genial y profundo en el examen de la vida española que en la formulación del problema y de la solución, auscultó, miró con esa impasibilidad de los grandes autores, los recovecos más secretos del corazón y sus laberintos; su “tesis” era la de las “izquierdas”: España tendría que aprender a tolerar, a practicar una mesurada libertad enriquecida por las reformas sociales...”<sup>36</sup>, la España por dentro. Menéndez Pelayo era el historiador integrista que no dudó en incorporar a su galería al mismísimo Galdós con el que compartía tertulia y a quien ayudó a ingresar en la academia. Su capacidad de trabajo nos puso en la senda de la razón histórica. Y de Galdós tuvo la sensibilidad de aprender lo que significan “el hambre y la esperanza”, es decir, la España por dentro.

Precisamente la conjunción de ambos aprendizajes habría llevado a María Zambrano a plantearse si sería posible “rescatar a estos heterodoxos pues llegar a entenderlos sería desentrañar la vida española. ¿Y si el entenderlos fuese activo, acción y no sólo estudio teórico, como podía ser, pues? ¿Cabe entender las entrañas, desentrañar sin entrañarse al mismo tiempo?. Entonces sería convertirlos y convertirse, convertirse todos juntos, algo así como recibir en común una revelación. Y un país, ¿no necesita para serlo pasar por eso y renovarlo?”<sup>37</sup>.

Como se sabe, este modelo de razón histórica se oponía a los modelos “universales” propuestos por Sánchez de la Campa en 1856 o por Perojo y Manuel de la Revilla en la polémica sobre la ciencia española de 1876. ¿Qué era lo más progresista o lo más conservador? Las fracturas trocaban la naturaleza de los mensajes como con tanta

<sup>36</sup> Zambrano, M., *Delirio y Destino*, Barcelona, Mondadori, 1989, p. 66.

<sup>37</sup> *Ib.*, p. 72.

frecuencia ha sucedido en España. De ahí que la razón zambraniana moleste en ambas direcciones al revisar, o al menos pretenderlo, concepciones básicas acerca de lo universal, lo nacional, lo racional, etc. Cuestiones todas ellas de cuya resolución se deriva el propio lugar de España en el proceso de desarrollo de la razón occidental. Y, en este sentido, el modelo de unidad de Europa depende de las respuestas que se den a estos problemas.

Se trata, pues, de un tema que María Zambrano planteó en la senda abierta por sus antecesores y, entre ellos, Pérez Galdós de manera muy clara.

7. No quisiera terminar este repaso por los principales aspectos que me parece que María Zambrano retoma de sus lecturas galdosianas sin referirme al que ha dado título a esta intervención: en todos los textos donde María Zambrano habla de Galdós hay siempre una mención a la novela *Misericordia* cuya protagonista, como bien saben los lectores del autor canario, es Benigna, la Benigna misericordiosa, llamada así porque encarnaba esta virtud en su grado más excelso. Una protagonista femenina como otras heroínas de la novelística de Pérez Galdós. Para lo malo -Doña Perfecta, de quien llega a decir que era el anatema hecho mujer- o para lo bueno, estos personajes desde la vital Fortunata, la Tristana soñadora de una libertad difícil o esta Benigna que sueña con la justicia y la tolerancia, estas protagonistas sedujeron a la filósofa que se empeñó en teorizar precisamente sobre los sueños y el tiempo, como la profesora Sánchez-Gey explicó en una de sus intervenciones en los Congresos Galdosianos<sup>38</sup>.

No me había parado mucho a pensar este aspecto pero pudo estar en este punto la diferencia de sensibilidad entre María Zambrano y sus maestros varones respecto de Galdós. Nuestra filósofa perteneció a ese grupo que Shirley Mangini ha llamado "Las modernas de Madrid"<sup>39</sup>, es decir, las intelectuales de la vanguardia anterior a la guerra civil donde habría que recordar junto a nuestra filósofa a Rosa Chacel, Maruja Mallo y otras cuyas semblanzas nos presenta en su libro. Concretamente nos dice que "Zambrano fue una moderna en muchos sentidos. Se rebeló ante la filosofía concebida por el patriarcado; rechazó la política española anquilosada y ayudó a construir un nuevo sistema más justo, aunque de corta duración"<sup>40</sup>.

Fue ese periodo bajo el que se organizó la exposición titulada "La Eva moderna"<sup>41</sup>, muestra gráfica que representaba la incorporación de la mujer a la vida social y su participación en el proceso de universalización, cosmopolitismo vanguardista del que participaron Ortega y la propia Zambrano. Todo un cambio en las formas, en las modas, en las actividades como representación de una revolución histórica que se inició en el periodo de entreguerras. Que María Zambrano optara por la filosofía, por la actividad política, por la intervención directa en las reformas sociales podía significar la realización de sueños que tuvieron las heroínas galdosianas y que ellas aun no pudieron llevar a cabo.

Mas ya decíamos que España es un país de efectos diferidos. En realidad la historia misma consiste en esto. María Zambrano nos recordaba en *La agonía de Europa* cómo las

<sup>38</sup> Sánchez-Gey, J., "Acerca de la mujer (Tristana): El Galdós de María Zambrano" en *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1992)*, t. I, Ediciones del Cabildo de Las Palmas de Gran Canaria, 1995, pp. 485-93

<sup>39</sup> Éste es el título de su libro *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Barcelona, Península, 2001.

<sup>40</sup> *Ib.*, p. 141.

<sup>41</sup> *La Eva moderna. Ilustración gráfica española 1914-1935. Catálogo de la exposición*, (8 de julio-13 de septiembre de 1997), Madrid, Fundación Cultural Mapfre, 1997

mujeres no "han solido dedicarse a la filosofía pues la mujer ha sido siempre la esclava de Dios y de los dioses y jamás se hubiera atrevido a tomar el partido del hombre"<sup>42</sup>. Negación de la esperanza que habría superado la creación novelística. En su artículo "La mujer en la España de Galdós"<sup>43</sup> reconoce este triunfo de la esperanza precisamente en la mujer, en las *mujeres* (la propia María Zambrano pone en cursiva este plural) como expresión de "esta revolución continuada hasta hoy: el crecimiento de la vida social, su complejidad, su vertiginosa actividad" que ha consistido no sólo en su incorporación a la historia, ellas que habían sido la historia doméstica, sino en tener historia, lo que sucede de puertas hacia fuera. Su generación habría sido la primera en realizar el sueño de estas protagonistas, cada una con su ideal de libertad y justicia.

Ahora bien, desde un punto de vista histórico y filosófico esta reflexión incorpora aspectos que me parecen de mucho interés y no sólo sociológico sino como explicación del fondo que subyace a este proceso. No se trata sólo de la afirmación de la individualidad, difícil incluso para el varón en la tradición católica, donde las normas son las que adquieren el rango de universalidad. La propia tradición protestante resolvió el proceso de individualización mediante la conversión del individuo en sujeto trascendental, dimensión de su propia universalización, es decir, su conversión en razón pura y práctica. La mujer había quedado fuera de este proceso en la Ilustración (a pesar de ser el nombre "razón" del género femenino) y fue el romanticismo, el movimiento que inició la superación de esta limitación. La verdad es que lo mismo sucedía con las clases bajas y con los pueblos latinos. Todos ellos tuvieron que ganarse a lo largo del XIX y el XX su derecho no sólo a la individualización sino a que ésta pudiera ser base de universalización igualmente.

En España este proceso lo iniciaron los krausistas en buena medida, la ILE en su desarrollo posterior y la novela y el teatro de los finales del XIX y comienzos del XX. Podrían haberlo hecho personalidades como Blanco White pero no fue posible. El papel de Galdós es importantísimo; la novela de la historia en la reasunción de la historia del XIX de una obra de teatro como *Santa Juana de Castilla*, también. Precisamente nuestra historia hubiera sido diferente si esta reina erasmista hubiera reinado. Historia y mujer hubieran conjuntamente evitado la falta de individualidad que tuvo la historia de España y la mujer en España. A cambio el sustituto fue el "individualismo español" que ha sido otra cosa mucho más deplorable.

Así pues, Galdós contribuyó a dar carácter y continuidad a la mujer que adquiere identidad individual donde se ancla una dimensión de universalidad. La asunción de la historia hubiera quedado incompleta sin esta otra asunción. Por eso Benigna constituye un hito como lo habían sido Fortunata y Tristana; como lo serán Casandra y esta Juana de Castilla. Pienso que María Zambrano se percibió a sí misma formando parte de esa inspiración y continuando esa misión. "De una pureza creadora, tanto como humanamente es posible", concluye la propia pensadora. Y ésta debe ser también nuestra propia conclusión.

---

<sup>42</sup> Zambrano, M., o.c., nota 17, p. 50-51

<sup>43</sup> Recogido en *España, sueño y verdad*, pp. Pp. 58-80